

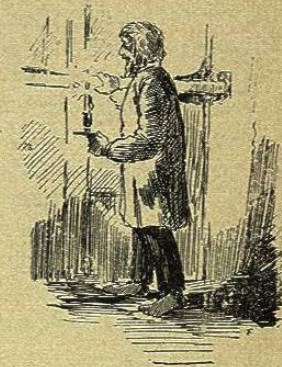


## XXVIII

### La llegada á mi casa

EL día siguiente, Volodia y yo partimos en silla de posta para nuestra casa de campo. Por el camino, repasando mis recuerdos de Moscova, me acordé una vez de Sonitchka; pero es preciso confesar que fué por la noche, cuando habíamos ya dejado atrás cinco paradas. «Es extraño, no obstante, que estando tan enamorado, la haya podido olvidar... Es necesario que piense en ella». Y me puse á pensar en ella como se piensa cuando se va de camino, es decir con mil interrupciones, pero con mucha intensidad, con tanta que al llegar á casa creí que me hallaba en el caso de parecer triste lo menos durante dos días delante de toda mi familia y singularmente delante de Katenka, á quien yo consideraba gran conocedora en cosas de amor y á quien hice algunas veladas alusiones acerca del estado de mi alma. Pero, á pesar de todos mis esfuerzos para fingir delante de los otros y aún á mí mismo; á pesar de la adaptación intencional de todos los indicios que había observado en las personas que me parecían enamoradas, tan sólo durante dos días, y no de una manera constante, sino únicamente al llegar con todos sus misterios la noche, logré darme cuenta á mí mismo de que estaba enamorado. Finalmente, una vez entrado de nuevo en las costumbres y en la vida del campo, con todas sus variadas ocupaciones, me olvidé enteramente de mi amor por Sonitchka.

Llegamos á Petrovskoie cerrada la noche, y estaba yo durmiendo tan profundamente que no ví siquiera la casa, ni la avenida de los álamos, ni á ninguno de los míos, los cuales cada uno en su cuarto dormían ya desde hacía rato. El viejo Foka, muy encorvado, descalzo y medio vestido tan sólo, con una palmatoria en la mano, bajó á abrir la puerta de fuera. Al vernos, todo su cuerpo tembló de profunda alegría, nos besó en el hombro y precipitadamente se acabó de vestir. Yo atravesé el vestíbulo y subí la escalera, no bien despierto todavía; pero ya en la antecámara, las cerraduras y los clavos de la puerta, la vieja palmatoria manchada de sebo, las sombras que arrojaba al suelo la candela que llevaba encendida Foka, la doble ventana que no se quitaba nunca, llena de polvo y tras la cual crecía un arbolillo... todo eso me era tan



profundamente conocido, despertaba en mí tantísimos recuerdos, era tan amigo yo con todas aquellas cosas, aparecía tan bien unido todo en un solo pensamiento, que sentí en mí, en lo más hondo de mi sér como una íntima caricia de nuestra amable viejísima casa. Involuntariamente, me hice esta pregunta: «Cómo hemos podido yo, y la casa vivir tanto tiempo separados?» Y empecé á atravesar rápidamente salas y cuartos para cerciorarme de si estaba aun todo lo mismo que antes. Nada había cambiado, únicamente aparecía todo á mis ojos más pequeño ó más bajo, como si yo hubiese crecido mucho, mucho... No obstante, tal y como era la casa me recibía con inmensa alegría en su seno, y cada mueble, cada ventana, cada cosa que veía, cada ruido que llegaba hasta mí, excitaba en mi espíritu una multitud de imágenes y de sentimientos, de recuerdos del pasado para siempre desaparecido. Entramos en el cuarto donde dormíamos cuando niños, y de nuevo me asaltaron todos mis grandes miedos infantiles causados por la oscuridad... Atravesamos el salón, y un mismo amor dulce, tierno, maternal, envolvía todos los objetos, como si el espíritu de nuestra madre no se hubiese movido de allí. En la sala, la alegría ruidosa, descuidada, infantil, parecía haberse refugiado en ella, esperando que alguien la animase de nuevo. En el gabinete, donde Foka nos introdujo y donde nos había ya preparado las camas, con un *paravent*, con un espejo y con un viejo icono de madera, todo, hasta las blancas paredes, parecía estarme hablando de los

sufrimientos de la muerte, de lo que no volvería ya jamás á ser.

Nos acostamos, y Foka, después de darnos enternecido las buenas noches se retiró.

—No obstante...—hizo Volodia—en este cuarto es donde murió nuestra madre.

No le contesté y fingí que dormía. Si hubiese querido decirle algo, con seguridad que hubiera llorado. Al despertarme á la mañana siguiente, papá, medio vestido aun y ya con el cigarro en los labios, estaba sentado al borde de la cama de Volodia y vivamente hablaba y se reía con él; al ver que me despertaba, lanzó un grito de alegría y dejando á Volodia se aproximó á mi cama y dándome en la espalda algunos golpecitos, me tendió la mejilla y la apoyó contra mis labios.

—Muy bien! Soberbio! Muchas gracias, diplomático!—dijo con señales evidentes de satisfacción, y mirándome fijamente con sus pequeños ojos brillantes, continuó:—Volodia dice que has hecho unos brillantes exámenes; muy bien, niño. Gracias, amigo mío. Ahora pasaremos aquí el verano, y en cuanto llegue el invierno quizás vayamos á San Petersburgo. La lástima es que haya terminado ya la época de la caza, pues sino bien hallaríamos modo de divertirnos... De todos modos, algo podrás cazar todavía con el fusil de Volodia, y aún es probable que yo mismo os acompañe á alguna parte, pues queda todavía muchísima caza por aquí... Lo importante es que, si Dios quiere, este invierno iremos á San Petersburgo, donde veréis á mucha gente y os crearéis buenas relaciones; ya sois hombres, como ahora mismo lo estaba diciendo á Volodia; ya estáis como quien dice en pie y podéis obrar por vosotros mismos, aunque no he de deciros que si queréis pedirme consejo podéis hacerlo. Ya no soy como quien dice vuestro *diatka*, sino vuestro amigo, al menos quiero yo serlo, deseo que me tengáis por camarada, por consejero si es preciso, nada más. Qué te parece esto? Cómo se aviene con tus filosofías, Cocó? Bien ó mal? Dímelo...

Es claro que yo declaré que todo eso me parecía admirable, y en efecto de veras me parecía así. Papá tenía aquel día una expresión singularmente atractiva; parecía muy alegre y muy feliz; las nuevas relaciones que estaba dispuesto á tener conmigo, á guisa de un igual ó un camarada, me lo hacían todavía más amable.

—Bueno, cuéntame; has estado á ver á nuestros parientes? Has visto á los Ivine? También á su padre? Qué te ha dicho?... Has estado en casa del príncipe Ivan Ivanovitch?

Tan largo tiempo estuvimos hablando sin vestirnos que el sol

se entraba ya por las ventanas del gabinete, y finalmente Iakov —que era el mismo viejo de siempre, agitando todavía sin cesar los dedos detrás de la espalda y diciendo á cada instante *sin embargo*—entró en el cuarto y anunció á papá que el coche estaba á punto.

—Dónde vas ahora, papá?—le pregunté.

—Ah! lo había ya olvidado,—hizo papá con una expresión de descontento y tosiendo con fuerza.—Prometí á los Epifanov que iría hoy á verles. Ya recordarás á la señorita Epifanov, la *belle flamande* como la llamábamos, y recordarás también que se visitaba con tu madre. Son buena gente.—Y papá, con un gesto en que me pareció descubrir cierto embarazo, salió de la estancia.

Mientras duró nuestra charla, Lubotcha se había acercado varias veces á la puerta y llamando quedamente preguntaba desde fuera: «Se puede entrar?» Papá le contestó invariablemente todas las veces: «Es absolutamente imposible. No estamos aun vestidos!»—«Qué desgracia, replicaba mi hermana; pero ya te he visto otras veces...»—«No es lo mismo con tus hermanos! Sería faltar á la conveniencia más elemental hablar con una joven, aunque sea una hermana, á medio vestir...»—«Oh! sois insoportables! Al menos daos prisa, y venid pronto al salón, pues Mimi desea mucho veros».

Apenas papá hubo salido, yo me vestí rápidamente, poniéndome, para hacer más efecto, el traje de estudiante y bajé al salón; Volodia, por el contrario, no se daba prisa ninguna y se quedó largo tiempo arriba, hablando con Iakov de los sitios en que se pudiese cazar palomas ó perdices. Como tengo ya dicho, nada temía tanto Volodia como caer en sentimentales enternecimientos con su hermanito, con su hermanita ó con papá, y para evitar toda manifestación sentimental caía en el extremo opuesto, la frialdad, que muchas veces molestaba á las personas que no le conocían bien. En la antecámara me hallé con papá que, andando con extremada ligereza, salía ya para subir al coche. Llevaba un hermoso traje á la moda, que se había hecho en Moscova, nuevo enteramente é iba todo perfumado. Al verme, me hizo con la cabeza un gesto de satisfacción, como queriendo decirme: «Qué te



parece?» Y de nuevo observé en sus ojos la expresión de intensa alegría que le había ya notado por la mañana.

El salón estaba exactamente lo mismo que antes, con sus grandes y claras ventanas, con el pequeño piano inglés de madera amarillenta, y viéndose un buen trozo del jardín, con sus árboles centenarios y los caminos y veredas enarenados. Después de besar á Mimi y á Lubotchka, al acercarme á Katenka, se me ocurrió súbitamente que no estaría bien que la besase y me detuve de pronto sin decir palabra. Katenka, sin la menor confusión, me tendió su pequeña mano blanca y me felicitó por mi entrada en la Universidad. Cuando entró Volodia en el salón, se detuvo ante Katenka del mismo modo que había yo hecho, y era natural, pues habiendo crecido juntos y viéndose todos los días, era difícil saber cómo habíamos de portarnos después de una primera separación, al volvernos á ver ya crecidos. Katenka se ruborizó con Volodia mucho más que conmigo, pero Volodia, sin cortarse, la saludó ligeramente, se acercó á Lubotchka y habló con ella un rato sin ninguna seriedad y luego se fué, solo, á dar un paseo por no sé dónde.



## XXIX

### Nuestras relaciones con Katenka y Lubotchka

VOLODIA tenía de las muchachas una tan extraña opinión que podía ocuparse de saber si habían comido bien ó si habían dormido, si se vestían convenientemente, si hacían ó no faltas de francés en su conversación, lo cual le hubiera dado gran vergüenza delante de gente extraña; pero no admitía que pudiesen pensar ó sentir algo esencialmente humano, y todavía menos admitía la posibilidad de que pudiesen discutir sobre cualquiera cosa que fuese. Nunca les contestaba cuando se le dirigían con preguntas sobre cuestiones serias, lo cual ellas mismas trataban de evitar en lo posible; si, por ejemplo, le pedían su parecer acerca de alguna novela célebre ó le interrogaban sobre sus ocupaciones en la Universidad, les contestaba con una mueca y se alejaba sin decirles palabra, ó bien poniendo cara seria y con expresión idiótica les lanzaba una frase cualquiera desprovista de sentido ó de toda relación con el asunto. Cuando alguna vez le repetía las frases que me hubiesen dicho Lubotchka ó Katenka, invariablemente me contestaba:

—Bah!... de modo que discutes aun con ellas? Ya veo que anda eso muy mal todavía.

Y era preciso verle y oír el modo cómo pronunciaba esta frase para comprender todo el profundo menosprecio que expresaba en so-

lamente aquellas palabras. Hacía ya dos años que Volodia se tenía por un hombre y se enamoraba de todas las mujeres bonitas que le salían al paso, pero aunque veía diariamente á Katenka, la cual hacía tiempo ya que llevaba vestidos largos y se hacía cada vez más hermosa, no le ocurrió siquiera que pudiese prendarse de ella. Era esto debido á que los recuerdos prosaicos de la infancia estaban aun demasiado frescos en su memoria, ó bien al desdén que los muy jóvenes solemos sentir por los que nos son demasiado familiares, ó quizás tenía su origen en esa debilidad común á todos los hombres que desprecian lo bueno y lo hermoso que tienen al alcance de la mano, diciéndose: «Bah! ya encontraré algo mejor en el camino de mi vida?»—Lo cierto es que Volodia no quería considerar á Katenka como una verdadera mujer.

Seguramente que durante todo el verano se aburría Volodia de lo lindo, siendo la causa principal de su aburrimiento el menosprecio que sentía por todos nosotros, el cual, como ya he dicho, ni trataba siquiera de disimular. La expresión ordinaria de su rostro parecía decir: «Oh! cómo me fastidio aquí, pues no hay con quien poder hablar siquiera!» Unos días salía muy de mañana á cazar, con su fusil al hombro, y otros días ni tan sólo se vestía, quedándose en el cuarto leyendo algún libro, generalmente una novela. Cuando no estaba papá en casa, comparecía á la mesa con el libro y comía leyendo, sin decir una sola palabra á nadie, mientras nosotros todos tomábamos aires de culpables... de culpables con él, por no saber evitarle el aburrimiento. Por la noche, se echaba en el diván del salón, y se quedaba dormido apoyando la cabeza en la palma de la mano, ó bien con la más seria expresión en el rostro poníase á contarnos las cosas más extravagantes y hasta algunas veces inconvenientes, con las cuales Mimi se enfadaba mucho y aún se ruborizaba, mientras nosotros nos moríamos de risa. Pero nunca se dignaba hablar en serio con nadie de nuestra familia, exceptuando á papá y á mí algunas pocas veces. Y á todo esto, aunque involuntariamente, yo imitaba á mi hermano en sus relaciones con las niñas, á pesar de que á mí la ternura y el sentimentalismo no me dió nunca miedo, y á pesar también de que mi menosprecio por Katenka y por Lubotchka ni era tan firme ni tan profundo como el suyo.

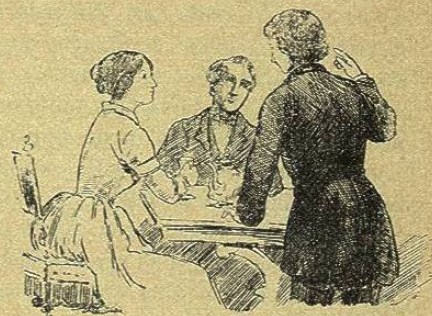
Hasta más de una vez, durante ese mismo verano, me sucedió que, buscando alguna distracción, intenté entablar una que otra conversación seria con mi hermana ó con Katenka; pero todas las veces encontré en ellas una tan grande incapacidad de reflexión y de lógica, una tan extraordinaria ignorancia de las cosas más

sencillas y más comunes, por ejemplo: lo que son metales, lo que es la guerra, qué es lo que enseñan en la Universidad, y por encima de todo una tan desconsoladora indiferencia por aprender nada de esto, que todas esas tentativas no hacían más que confirmarme en la mala opinión que ya tenía de ellas.

Recuerdo que una noche, Lubotchka repetía en el piano por la centésima vez un trozo de música que me disgustaba extraordinariamente y me ponía nervioso. Volodia estaba en el salón, echado como siempre en el diván, y de vez en cuando, sin dirigirse á nadie en particular, iba lanzando frases cortadas, pero siempre con una ironía tremenda, que hubiera hecho temblar á quien la hubiese entendido. Sus frases eran por el estilo de éstas: «Ah! y teclatea... teclatea! Muy bien!... Una verdadera pianista... Oh! Beethoven!... Bravo!... Vaya, otra vez aun!... Ahora, esto es!...» —Katenka y yo estábamos sentados á la mesa del té, y no recuerdo cómo logró llevar la conversación hacia su tema favorito: el amor. Estaba dispuesto aquel día á hacer filosofías, y me puse á definir el amor de un modo muy elevado, diciendo que era algo así como el deseo de hallar en otro aquellas cualidades de que uno siéntese desposeído... Katenka me contestó á esto que no puede existir el amor cuando una joven pobre desea casarse con un hombre rico; que, para ella, desposeída de riqueza, era precisamente la riqueza lo más insignificante de la vida; y que el verdadero amor no era sino aquel que podía resistir á una muy larga separación— con lo cual creo que quiso aludir á su amor por Dubkov. Volodia, que oyó probablemente nuestra conversación, se aproximó á la mesa y lanzó una de sus frases de costumbre, sin verdadero sentido directo.

—Siempre con tonterías!— exclamó Katenka. Pero yo no pude dejar de pensar que mi hermano era el que tenía indudablemente razón.

A parte de las capacidades generales más ó menos desarrolladas en cada persona, como la capacidad de espíritu, de sensibilidad, de sentimiento artístico, existe otra capacidad particular más ó menos desarrollada también en los diversos círculos de la socie-



dad, especialmente refiriéndonos á las familias, y es la capacidad que yo llamaré la *comprensibilidad*. Consiste en el sentimiento convencional de la medida justa y en el modo de considerar cada cosa también de un modo convencional y limitado. Dos hombres del mismo círculo social ó de la misma familia que tienen esta capacidad, admiten siempre en un punto igual la expresión del sentimiento, y más allá de ese punto los dos sienten también lo mismo: en el momento preciso ven donde acaba el elogio y donde empieza la ironía, donde acaba la sorpresa y donde empieza el fingimiento, en todo lo cual hombres de diferente comprensión pueden opinar muy diversamente. Para las personas de una misma comprensión cada cosa considerada en un mismo aspecto, les parecerá igualmente ridícula, hermosa ó repugnante. Para facilitar esta igual comprensión entre hombres de un mismo círculo ó de una misma familia, se establece una lengua particular, una manera especial de comprenderse, hasta palabras que definen y expresan estos matices de la comprensibilidad que para los demás no existen. En nuestra familia, entre papá y nosotros los muchachos, esta igual comprensión estaba desarrollada en el más alto grado. También Dubkov se había adaptado á nuestro círculo especial y nos *comprendía*, pero Dmitri, con ser mucho más inteligente que todos nosotros, se quedaba casi siempre á oscuras. Aún papá se quedaba alguna vez rezagado, de manera que muchas cosas que eran para nosotros claras como la misma luz, no alcanzaba él á comprenderlas. No obstante, la significación exacta de muchas palabras dependía no tan sólo del modo de pronunciarlas, sino también de la expresión del rostro á la mitad de la conversación general, y esto de tal manera que si alguno de nosotros inventaba alguna expresión nueva, los demás con ayuda de una pequeña alusión le comprendían enseguida. Las muchachas no participaban de la comprensibilidad nuestra y esto era la causa principal de nuestra desunión moral y del menosprecio que nos inspiraban.

Quizás tenían ellas una comprensión *suya*, pero si acaso correspondíase tan poco con la nuestra, que donde nosotros veíamos la frase figurada veían ellas tan sólo la expresión del sentimiento sincero, lo que era en nosotros irónico lo tomaban ellas por cosa verdadera. Pero en aquella época no sabía yo comprender que nada de todo esto les impedía ser unas muy gentiles y muy inteligentes muchachas, y por eso las menospreciaba. Además, recuerdo que una vez, llevando hasta el extremo en mí mismo el concepto de la franqueza, llegué á acusar de duplicidad el natural tranquilo y confiado de Lubotchka, sólo porque no veía ella la necesidad de

estar á cada momento analizando sus propios pensamientos y sus emociones... De manera que el hecho de que Lubotchka hiciese cada noche el signo de la cruz sobre el rostro de papá, ó que se pusiese á llorar en la capilla, al igual que Katenka, todas las veces que asistían á alguna misa por el alma de mamá, lo mismo que el hecho de que Katenka suspirase y cerrase los ojos mientras tocaba el piano, todo eso parecíame la expresión de una inmensa hipocresía, y me preguntaba: Cómo han aprendido á fingir lo mismo que la gente grande, y cómo no se avergüenzan de ello?